

La mutua conformación del capital y el trabajo desde el capitalismo maduro al capitalismo senil, y las formas sociales a que da lugar¹.

Andrés Piqueras
Universidad de Castellón

1. Sobre el Capital y el Trabajo como sujetos antagónicos, pero al mismo tiempo heterogéneos y contradictorios internamente.

El Capital es una relación social que conlleva la expropiación del hacer, del trabajo y de la vida de otros a partir de la apropiación de los medios de producción sociales. Es la expropiación y el sometimiento del *trabajo vivo*, esto es, de los seres humanos. Esto tiene lugar a través de una *relación de clase* o de explotación.

El Capital, además de ser una relación social, presenta una encarnación que le da carácter de sujeto: la de quienes expropian y actúan para reproducir o ampliar esa relación, asumiendo además la garantía de la acumulación capitalista como *Sistema*.

El Trabajo lo personifica la parte humana que es expropiada de su hacer para sí misma, tanto a través de la explotación directa como en general de su pérdida de autonomía, resultando alienada de sus propias condiciones de vida. La dinámica general del *Sistema* no responde a sus intereses ni está orientada por ella, aunque ocasionalmente o relativamente, unas u otras partes de la misma puedan beneficiarse en algunos aspectos.

La relación de clase o explotación tiene su expresión en la División Social del Trabajo. Sin embargo, hay otras divisiones del trabajo que la complejizan, y son susceptibles de constituir también *formas* o expresiones (complementarias) de la *relación de clase*: se trata, por ejemplo, de la División Sexual y Étnica o Cultural del Trabajo. Estas divisiones posibilitan la acaparación de oportunidades de vida también entre los distintos sectores del Trabajo a través del diferente acceso de unas u otras personas que integran este lado del binomio de clase a los recursos, a los medios e instrumentos de producción de pequeña escala o a la posición dentro de

¹ El concepto de *Trabajo* que aquí se utiliza como *sujeto*, trasciende lo meramente productivo (le “esfera económica” en que el capitalismo confinó la producción de las condiciones de la Vida, en un sentido amplio). Está hecho para designar a quienes crean la riqueza, pero sin querer con ello decir que debemos ser designados únicamente como productores. Sin trabajo no existiríamos, pero el Trabajo como sujeto antagónico del Capital se realiza y responde a muchas otras facetas del ciclo de la vida (interacción humana, ayuda mutua, tiempo para sí, relaciones personales, placer, intercambio, creación, entre muchas otras), y aspira en sus versiones emancipadoras a negarse a sí mismo como agente imposibilitado del hacer para sí (es decir, a negarse como *trabajo alienado*, y en consecuencia como Trabajo en general), a través del trabajo libre, creativo, y capaz por tanto de construir otras condiciones de Vida, otra vida. El término *Trabajo* es escogido por entenderse que contiene un mayor espectro explicativo, tanto por lo que respecta a la presente vinculación de los seres humanos al Capital (estén o no directamente explotados por él), como por la potencialidad que quiere describir en ellos para la construcción consciente de sus vías de emancipación, a pesar o a partir de esa misma vinculación. Pero obviamente la designación está abierta al debate en la búsqueda de otras mejores.

una división social del trabajo dada. Todo lo cual determina unas *relaciones de privilegio* estructurales de unos respecto a otros.

Las *relaciones de privilegio* que obedecen a los patrones de género y étnicos son las que están hoy más fuertemente arraigadas al presentar una base sociohistórica naturalizada.

Sin embargo, hay otras relaciones de privilegio estructurales que pueden devenir de las diferentes posiciones en los procesos productivos o de la distinta inserción en los mismos:

- a) bien por posesión de cualificaciones que otros no tienen
- b) bien por formar parte del engranaje directivo o supervisor en esos procesos

Vinculadas a las claves anteriores, las relaciones de privilegio pueden resultar también, sobre todo en un mundo hiperconectado, de la ubicación en redes de movilidad social y de acumulación de “capital social”. Lo que permite aprovecharse de la intervención de agentes cuya actividad no es ni reconocida ni valorizada, y que por lo general están sujetos a una alta inmovilidad (no reciben la fracción de valor añadido que les corresponde y que contribuyen a generar para los agentes con movilidad socio-espacial) (Boltanski y Chiapello, 2002).

Todas estas diferencias atañen horizontalmente a la relación Trabajo/Trabajo, atravesando y segmentando al conjunto de la población, y suponen la *usurpación de oportunidades de vida* de unos individuos por otros².

Por su parte, las divisiones Capital/Capital se producen por cuotas de explotación, con el resultado de supeditación o subordinación de unos expropiadores respecto a otros, o en casos extremos por la expulsión de unos del vector explotador, a través de la competencia. En esta relación intra-Capital no está exenta tampoco la división de género, a menudo expresada como inserción dependiente de las mujeres en el lado del Capital, por filiación.

En todo ser humano se reproduce el desgarramiento vertical (Capital/Trabajo) y el transversal (generización, etnificación), como parte este último del corte horizontal (Capital/Capital o Trabajo/Trabajo), siguiendo estas divisiones u otras que restan por definir. Es decir, todo ser humano es un *sitio* de diferentes posiciones de clase, albergando en sí un germen de transformación y a su vez de perpetuación o reproducción del antagonismo de clase en sus variadas expresiones.

El autodenominado ‘marxismo abierto’ no debería olvidar esto a la hora de proclamar procesos de emancipación pretendidamente inherentes al Trabajo.

² Determinadas relaciones de privilegio ligadas a la División Social del Trabajo y a la distinta posición en los procesos productivos, o a la propiedad de medios de producción en escala modesta, son motivo de que una parte del Trabajo goce de más posibilidades de autonomía y movilidad a expensas de otras, por lo que ha sido considerada en situación intermedia entre quienes explotan y son explotados, quienes expropián y son expropiados de su hacer. Bien pudiera ser, pero esto no nos puede distraer del hecho de que esta parte de la población ni dirige la dinámica general del Sistema, ni el *leitmotiv* del mismo (el de reproducir ampliamente el capital a costa de la deprivación de los productores directos) está sustentado en su interés particular. Antes bien, su posición está siempre subordinada al Capital, y sus privilegios en la mayoría de los casos, resultan dependientes de su fidelidad o servicio al mismo. Como Trabajo con mayores posibilidades de autonomización, puede estar de parte del Capital, pero no por eso deja de ser Trabajo.

2. Organización del Trabajo y regulación del Capital: el binomio indisoluble. Algunas de sus plasmaciones históricas.

Uno de los principales esfuerzos teóricos de Marx (también aparentemente desconsiderado por el “marxismo abierto”) estuvo encaminado a mostrar que en el Capitalismo los seres humanos, como Trabajo, se encuentran supeditados al Capital (por eso el concepto de “Capital-ismo”) a través de relaciones de explotación y dominación, que sin embargo, y a diferencia de otros sistemas de clases, son sublimadas a través de la fetichización de la mercancía, incluyendo la de la propia fuerza de trabajo. El proceso es tal que si bien es el Capital el que depende en instancia última y definitiva del Trabajo, éste se encuentra desposeído y alienado de tal forma que no le queda más opción que entregarse como mercancía al servicio del Capital, que acapara los medios y posibilidades de vida de la sociedad. Es decir que la interdependencia Capital/Trabajo es manifiestamente asimétrica, en perjuicio del Trabajo.

El actual proceso fundamental condicionante de la correlación de fuerzas entre el Capital y el Trabajo es la ofensiva globalizadora (de regulación unilateral del Sistema) llevada a cabo por el Capital con el apoyo de la drástica revolución científica y tecnológica en curso (en la que confluyen los desarrollos en microelectrónica, informática, biogenética y robótica), que afecta profundamente a la totalidad de relaciones sociales de producción, atañe al conjunto de procesos productivos y motiva la redimensionalización del protagonismo del Trabajo como agente social y productivo, así como de sus posibilidades de constituirse en sujeto histórico.

Confluencia de procesos que se ha compenetrado en el tiempo con la metamorfosis de la economía estatal e internacional en economía global (o *economía-mundo*), con sus correlatos de desregulación social de los diferentes mercados laborales (que ahora son regulados casi unilateralmente por el Capital) y el establecimiento de una fuerza de trabajo también global cada vez más supeditada laboral y políticamente al Capital y a su combinación de dinámicas altamente intensivas en extracción de plusvalía con otras de extracción extensiva de la misma, semejantes éstas a las de la fase de acumulación primitiva.

Las maneras concretas como se produce el desarrollo tecnológico no son resultantes de un proceso ni neutral ni espontáneo, sino que se han realizado bajo la intencionalidad de clase, buscando la recomposición de la hegemonía del Capital como sujeto (o si se prefiere, de la clase social que lo encarna). Intencionalidad que tiene como horizonte el doble objetivo de recomponer la tasa de ganancia capitalista y el sometimiento de la fuerza de trabajo (o la eliminación de la misma como sujeto antagónico consciente).

No hace falta hacer profesión de fe materialista para darse cuenta de que con la reestructuración de las relaciones sociales de producción, quedan afectadas sobremanera también las formas de entender el mundo y de ubicarse en él: esto es, la subjetividad de los individuos y sus propias formas de constitución como tales.

Provoca, además, no sólo otras formas de ser y de concebirse como trabajador o trabajadora, sino de concebir también la propia realidad de las clases. Por consiguiente, las formas de existencia de éstas y el cómo se expresan han sido profundamente afectadas.

En este sentido, y para ser más exactos, habría que decir que el Sistema Capitalista Mundializado no sólo genera sus propias desigualdades extremas, sino que se sustenta en muchas de las tradicionales (de orden nacional, “racial”, generacional, étnico, religioso, de género, etc.), que son, además, precisamente, las que “experimentan” de forma más directa los seres humanos, y, por tanto, las que más les motivan a intervenir en lo social o a enfrentarse y coaligarse entre sí. Por eso, precisamente, es en este interfaz entre la universalidad de las relaciones sociales de producción capitalistas y la particularidad de sus manifestaciones en diferentes contextos

sociohistóricos, en donde se define el proceso de formación y reproducción de clase (y de las clases) a escala global (Colás, 1997).

Cada “fase” capitalista se corresponde dialécticamente con diferentes formas políticas de organización del Trabajo y de su expresión como sujeto político³. Repasemos unas y otras durante las “etapas” del capitalismo desde que éste se hace maduro, o lo que es lo mismo, desde que se convierte en el modo de producción hegemónico en las sociedades centrales primero, y después en el resto del planeta.

Las referencias que siguen tienen como base de entendimiento lo ocurrido en las sociedades centrales, si bien proporcionaremos también algunos elementos de contrastación con las sociedades semiperiféricas europeas y las periféricas latinoamericanas.

1/ Capitalismo liberal-competitivo (Primera Industrialización)

El Trabajo adquiere conciencia de sí mismo y se despliega en multitud de organizaciones que penetran todos los órdenes de la vida social. Salto cualitativo o proceso singular de autovaloración del Trabajo, o de conversión del Trabajo en sujeto por primera vez en la historia de la Humanidad.

El Movimiento Obrero (MO), a diferencia de todos los demás movimientos coetáneos, apunta a la contradicción central del modo de producción capitalista: la relación de clase o de explotación, encarnada en esta fase histórica en la relación salarial (o fijación del trabajo como mercancía).

En consecuencia, el MO se convierte en el principal movimiento antisistémico. Sus frentes de incidencia se establecieron en torno a tres aspectos clave de la relación salarial: a) el empleo; b) el nivel de los salarios; c) las condiciones laborales.

Poco a poco fue constituyendo organizaciones laborales y políticas de presión, reivindicación y *lucha*: sindicatos y partidos (teniendo como objetivo la abolición de la propia relación salarial).

Pero al tiempo, el MO trajo consigo transformaciones culturales de amplio y profundo alcance [algunas de las cuales analistas actuales se empeñan en achacar exclusivamente a fenómenos y movimientos de finales del siglo XX]. El nuevo sujeto de clase originó

³ Las *fases* no han de ser interpretadas como compartimentos estanco, que explican todo dentro de sí mismas, sino, al igual que las *estructuras*, como inestables expresiones de un *continuum de luchas de clase*, verticales, horizontales y transversales. En cada una de ellas conviven *formas* o expresiones que son características de otros momentos o correlaciones de fuerza de la relación Capital/Trabajo. Pero sería contribuir al oscurantismo reinante aceptar la propuesta “autonomista” de evitar comprender los rasgos más destacados de esa correlación en cada momento (que es para lo que tiene valor esa periodización como análisis retrospectivo, capaz al tiempo de proyectar cierta luz hacia adelante). Algo parecido ocurriría, en cuanto a la falta de proyección política, si nos limitáramos a asegurar con el “marxismo abierto” que la teoría y la práctica constituyen una unidad, si no se especifica en cada momento cómo y quién hegemoniza esa *unidad*. Por lo demás, cabe advertir también que “modos de regulación” y “régimenes de acumulación” (que no nos podemos permitir el lujo de obviar en ninguna praxis de la emancipación humana) no son realidades externas, “fetichizadas”, respecto de los individuos y sus luchas, sino precisamente inestables manifestaciones de las mismas, esto es, del conjunto de intenciones y fuerzas puestas en juego por el Capital y el Trabajo (ver para mayor detalle, Piqueras, 2002:20).

también en su expansión social formas organizativas de carácter horizontal y profundamente democrático que incidirían en muchos aspectos de la vida cotidiana: asociaciones de consumidores, cooperativas de productores, escuelas, editoriales, sociedades de amistad, organizaciones culturales, recreativas, deportivas, formativas, de ayuda mutua, orfeones, coros, etc.

Estas estructuras, anticipándose a la “novedad” de las de los movimientos sociales tardocapitalistas, eran flexibles, horizontales, democráticas, dúctiles... propias de la fase de formación de los sujetos de clase.

El MO y la clase obrera no son lo mismo. El MO es la parte de la clase obrera -o en general del Trabajo-, hecha sujeto, su expresión más consciente y politizada.

El materialismo dialéctico no es sino la expresión sistematizada de esa conciencia que se fue coagulando a lo largo del siglo XIX.

Marx, y con él los sectores más avanzados del MO, soñaron con la construcción de un Partido como expresión de todas las luchas, de todos los movimientos, de todas las organizaciones obreras, a la vez resultado y coadyuvador de unas y otros. La premisa era que si el Trabajo constituye una sola clase, ésta debía aglutinarse en un solo Partido [en conjunto a la sociedad se la presumía dividida en tantas partes (Partidos) como clases, tanto más evidente cuanto más se preveía la tendencia a la homogeneización de la clase obrera por su pauperización general, y la polarización de la sociedad en burgueses y proletarios]. Un Partido que a la postre debía ser el de todos los trabajadores del mundo, y que bien podía, por tanto, tener el carácter de una Internacional.

En las *semiperiferias* europeas se produce una mucho más lenta implantación de las relaciones sociales de producción (RSP) capitalistas, acompañada de una más tardía también constitución del Trabajo en sujeto (todavía es la expresión campesina del Trabajo la que protagoniza su *lucha de clase*, sin formada conciencia de clase). Los sujetos del Capital representados por los sectores burgueses liberales, tienen que coaligarse por más tiempo con las expresiones reivindicativas del Trabajo, contra el Viejo Orden precapitalista.

En América “Latina” la expresión colonial de las RSP capitalistas ha acelerado el proceso de transformación de la base económica, pero se ancla por el contrario, debido a su propio carácter dependiente, en relaciones políticas del Antiguo Régimen. Estas contradicciones tendrán su eclosión en forma de lucha interburguesa. Esto es, entre la burguesía periférica (liberal, autodenominada “patriota” o nacionalista, propugnadora de la forma social de organización estatal también para las tradicionales formaciones coloniales), y la burguesía semiperiférica (ibérica), mayoritariamente anclada en formas de dominación del capitalismo mercantil inmaduro, o directamente precapitalistas; defensora todavía de formas coloniales de acumulación.

La burguesía criolla contará para su proyecto liberal-capitalista con el prolongado apoyo de expresiones campesinas y de nacies organizaciones del Trabajo asalariado. Mientras que el Trabajo en su expresión étnico-cultural (extraexplotado y oprimido en su condición de “*indígena*”), ha dado por el momento sus últimas luchas por ser un sujeto “emancipado”, no capitalista; pero en cambio se manifestarán recurrentemente luchas concretas contra la sobreexplotación y el abuso de trato o el sometimiento vergonzante, así como por la posesión de la tierra. Se expresarán a veces a través de milenarismos no sólo indígenas sino también campesinos.

2/ Fase de Capital Monopolista de Estado [CME] (dos últimas décadas del siglo XIX a años 70 del siglo XX).

El Capital cobra entidad como *sujeto*, y como sujeto coordinado (aunque también enfrentado) a escala mundial, a partir de la constitución del Estado. Ente que pasará a ser una de las manifestaciones más tangibles de la *lucha de clase*, a través de las diferentes expresiones que adquiere según las cambiantes circunstancias (o correlación de fuerzas) de ésta.

El Estado va a poder poner en práctica, como síntesis agencial de la clase capitalista sujeta al tiempo a esa *lucha de clase*, una intencionalidad tendente a combinar pretendidos modos de regulación social y regímenes de acumulación. Podemos distinguir dos grandes subfases dentro de este período atendiendo a los dos factores de esa combinación:

A. Modo de regulación principal: estatal-autoritario. Régimen de acumulación: dominante: tylorista-fordista (Dos últimas décadas del siglo XIX hasta Segunda Guerra Mundial)

Junto con el arranque de derechos a la clase capitalista cada vez más fundida como Estado, el MO va consiguiendo cierta democratización de este último y el acceso universal a derechos que la burguesía se había reservado para sí: primero civiles, luego políticos y por fin sociales (entre los que se cuentan también los económicos y hasta cierto punto los culturales). Proceso cuya trayectoria y tiempos es bastante desigual en unas y otras de las sociedades centrales y en las periféricas donde se había desarrollado asimismo el sujeto obrero (como son algunas de las latinoamericanas). Mientras, las expresiones organizativas más masivas del Trabajo tienden a institucionalizarse y burocratizarse allá donde se ha conseguido mayor apertura del Estado (sociedades eminentemente centrales). Expresiones que se hacen interlocutoras del Capital: se construye el espacio de *lo social*, donde uno y otro sujeto confluyen en su regulación, dando cada vez más vida colectiva a la Política.

Sin embargo, no por ello la clase capitalista deja de reaccionar frecuentemente con el cerramiento autoritario del Estado, especialmente en las sociedades europeas más débiles en términos capitalistas, e incluso asume a menudo el golpe de fuerza dictatorial (forma de gobierno que no obstante se muestra por lo general altamente inestable por ser poco compatible con la necesidad de “libertad” del mercado capitalista en su esfera circulatoria o de realización de la plusvalía; o lo que es lo mismo, por ser disonante con su insalvable proceso de conversión de los seres humanos en “consumidores libres”).

Debido a las propias pugnas intercapitalistas, pero así mismo como reacción a la creciente influencia del movimiento socialista, surgen los fascismos (versión más agresiva y dictatorial del Capital, a menudo en conflicto, o al menos no siempre en connivencia, con otras versiones del mismo). Constituirán el primer intento explícito de movilización de masas por parte de un sector del Capital como sujeto. Toman elementos de las dos principales ideologías que han movido a las poblaciones en el siglo XIX: la socialista y la nacionalista. Intentarán combinarlas en forma esquemática y burda, cuanto más burda y simple mejor (con consignas breves, directas e irracionales, asociadas al culto al mando y a la acriticidad) para llegar al corazón de las gentes a las que pretenden convertir en masas. De ahí se trata de pasar a la ofensiva y al control del Estado contra los sujetos de clase obrera, principalmente.

En las sociedades semiperiféricas el Capitalismo Monopolista de Estado (CME) no es más que un proyecto embrionario. Las relaciones del Antiguo Régimen tienen todavía una presencia determinante. La fase estatal-autoritaria se alarga en el tiempo con especial virulencia (traspasando la frontera del siglo XX) sin apenas contrapartida en la construcción de *lo social*. Sectores crecientes del Trabajo (campesino, pero también industrial y del comercio) van entrando en fase insurreccional. La revolución soviética del

17 estimularía esa vertiente en las semiperiferias (Hungría, Ucrania, España, Grecia...), e incluso en la propia Alemania (si bien en sectores mucho más reducidos o “vanguardistas” del Trabajo).

B. Modo de regulación principal: estatal-keynesiano. Régimen de acumulación dominante: tylorista-fordista (Final Segunda Guerra Mundial a años 70 del siglo XX)

Tras el segundo gran choque interimperialista, y merced entre otras razones a la extrema debilidad que las burguesías presentaban a la sazón, a la aparición del *Segundo Mundo* como bloque-sujeto (de Estados), amén de la derrota de los fascismos a favor de la versión más acorde del Capital con respecto a sus propias relaciones sociales de producción (la versión “democrática”), las luchas políticas, sociales y económicas del Trabajo consiguen en las sociedades centrales una democratización del Estado sin precedentes, o lo que es lo mismo, imprimir a éste un carácter menos acusado de clase (capitalista), para que pase a ser más “Social”.

Pero con ello, al mismo tiempo, el Trabajo se convierte en “interlocutor racional” del Capital, es decir, queda envuelto en su lógica.

Buena parte del MO pasa de ser una fuerza de negación a aceptar la 'positividad' de lo dado. Se produce el establecimiento de lo que se ha llamado "pacto de clase" en las sociedades centrales. O lo que es lo mismo, un compromiso entre clases sociales sobre la base de un crecimiento económico y la incuestionabilidad del orden capitalista. Las clases poseedoras aceptaron la redistribución vía Estado, del producto social, esto es, la instrumentación y aplicación estatales de políticas de redistribución de las rentas en favor de los salarios, y políticas fiscales coherentes con ello, al objeto de conseguir activación económica por la vía de la posibilidad de la demanda, así como paz social. Exigían a cambio la intangibilidad de los fundamentos de la producción capitalista: la propiedad privada de los medios de producción sin limitación. Reconocieron sobre esta base, las instituciones político-sociales de las clases subalternas, las cuales, como los sindicatos y partidos, se comprometen implícita e incluso explícitamente a no poner en cuestión esta política de rentas que a corto plazo permitió un incremento del consumo de las clases populares, ni los fundamentos del capitalismo, dentro del cual no sólo se integran, sino que contribuyen a apuntalar (garantizando así tanto la explotación del resto de las sociedades del planeta como la división sexual del trabajo, entre otras, sin las cuales este pacto social hubiera sido inviable).

El MO es en alta medida encauzado mediante sus organizaciones de representación política y laboral dentro del marco de las relaciones sociales de producción capitalistas, en una forma de regulación corporatista [organización de intereses a escala estatal a partir de grandes organizaciones que representan coaliciones de fuerza, suprasedimentales, de actores cohesionados en torno a incentivos y elementos ideológicos expresos, que tratan de articularse en programas de actuación económica y sociopolítica convergentes]. Lo que significa que el MO incidirá en la estructura política en gran medida como un grupo de interés organizado, en dinámicas de negociación y de conciliación de intereses contrapuestos. Se sitúa, de esta forma, en el ámbito general del macrocorporatismo, propio de las sociedades centrales europeas de esta fase.

Entre las fases A y B se produce también, por tanto, la transición de las expresiones organizativas obreras a formas burocráticas, centralizadas.

La gran mayoría del Trabajo, incluso muchos de sus sectores más politizados, asumirá una vocación gradualista defensiva, basada en el logro táctico de mejores condiciones en los

distintos órdenes (laboral, social, ciudadano...), que se aceptan como separados, sin proponerse ya una ofensiva integral, altersistémica.

Se recobra además el espejismo de la unidad obrera a partir de su pretendida unicidad, gracias a la apariencia de uniformización que propaga el prototipo del obrero industrial u *obrero-masa*.

Pero este espejismo se produce precisamente cuando el Trabajo está en ciernes de complejizarse como sujeto, a través de otras contradicciones y fracturas de clase, como la de género o las étnico-nacionales, las procedentes del modelo desarrollista-militarista, etc., asumidas como inevitables en el “pacto de clase keynesiano”. Fracturas que darían origen a los “Nuevos Movimientos Sociales” (que irrumpieron fundamentalmente esta vez en la esfera reproductiva o circulatoria, con su repolitización de lo social y su recuperación de la horizontalidad y de altos niveles de democracia interna como claves organizativas). Justo, además cuando

el modo de regulación estatal-keynesiano potenciará en las sociedades centrales un acrecentamiento de la diferenciación de la clase trabajadora, con la acentuación de la división social del trabajo y el desarrollo de profesiones en la esfera de lo social-estatal. Lo que es consecuencia de la transformación de una parte mayor de la plusvalía en servicios: educación, sanidad, atención social general y especializada a segmentos particulares y más vulnerables de la población.

Todo ello sumado a la generalizada terciarización de las economías centrales, redundará en la consiguiente heterogeneización del Trabajo.

En cualquier caso, en la fase B del Capitalismo Monopolista de Estado nos las vemos ya con un MO que comparte las estructuras burocráticas propias del corporativismo macrosocial, y de su institucionalización como elemento del Estado (“Social”).

Hay, no lo olvidemos, un denominador común en los proyectos políticos de las “vanguardias” del Trabajo para estas fases 1 y 2: su intento -en la teoría o en la práctica- de negación de la propia pluralidad del Trabajo y la desconsideración de las múltiples contradicciones que también le atraviesan. Dicha pluralidad intentó ser “superada” mediante la centralización organizativa de las expresiones políticas surgidas de su seno, que se prepararon a partir de un cierto momento para concentrar sus esfuerzos en la esfera política con minúsculas (en sentido estrecho o meramente institucional-estatal), es decir, la identificada con el ámbito del poder también con minúsculas. Se descuidaba así el Poder con mayúsculas que era inherente al Capital: su capacidad de regular el metabolismo del cuerpo social en su conjunto, generando ‘sus’ propios individuos, su propia ‘cultura’ interna, sus propios motivos y modos de vida y de disciplinamiento social (ver Mészáros, 2003).

Al organizarse para la contienda en estos límites estrechos, las expresiones políticas del Trabajo adoptaron las formas y estructuras del adversario.

Foucault y otros postestructuralistas nos enseñaron que el Poder y la Política (con mayúsculas) se aplican y se ejercen en todas las manifestaciones de la vida social e incluso personal (por eso bautizaron a aquél como ‘Biopoder’). Los llamados “marxistas abiertos” nos han hecho ver, por su parte, que las resistencias y la capacidad de desafiar al Capital se pueden manifestar también en todos los órdenes de la Vida.

Algo de esto iba por fin a percibirse con mayor transparencia en la siguiente fase del Capital, merced a su aplastante omnipresencia en todos los aspectos de la Vida.

El estado de cosas descrito es atravesado por unas u otras semiperiferias con diferencias notables entre ellas en el tiempo. Debido a la endeblez de sus posibilidades redistributivas, y en general, a su mayor carencia de mecanismos de legitimación, el Capital se ve forzado en ellas a mantener su expresión dictatorial por más tiempo, o incluso a recuperarla cuando las circunstancias lo aconsejan.

En América “Latina”, por su parte, las expresiones del Trabajo como sujeto han combinado en un breve lapsus las formas ofensiva y burocratizada propias del Capitalismo Liberal Competitivo (CLC) y del Capitalismo Monopolista de Estado (CME) de las sociedades centrales. Como eclosión de ello, durante la réplica “latino”-americana de la primera fase del CME, o fase autoritaria, la forma insurreccional del conjunto de expresiones antagónicas del Trabajo tiene su epítome en la revolución mexicana.

Al tiempo, comienzan a manifestarse nuevas formas de la *lucha de clase* en su expresión indígena y campesina (o indígena-campesina), contra la usurpación de tierras, desalojos, atropellos y su humillación como fuerza de trabajo y como seres humanos ajenos a cualquier consideración de “ciudadanía”. Se están gestando los embriones de lo que más tarde serán nuevos sujetos indígenas, y se forzarán, como intentos de prevención, contención o asimilación de los mismos, las *políticas indigenistas* de diferentes Estados americanos.

Más tarde, tras la Segunda Gran Guerra, y ante la imposibilidad de la importación de la “paz keynesiana”, se produce a partir de la mitad del siglo XX una proliferación de las expresiones armadas del Trabajo, en forma de guerrillas, Frentes, Ejércitos del Pueblo, comandos urbanos, etc.; esta vez ya con el referente de la revolución cubana. Plantean la toma del poder institucional mediante vías o estrategias como el foquismo (predominantemente militar), la guerra popular prolongada (militar con trabajo político comunitario), la vía proletaria (predominantemente política, con apoyo de la lucha armada), o la tercerista (levantamiento insurreccional masivo, pero como fruto de la previa penetración política de la población).

A caballo entre el CME y su rompimiento en forma de Capital global va cobrando vida palpable el *indianismo* como proyecto político autónomo de los sujetos indígenas, que desafía su integración en la sociedad dominante y recupera al menos en parte la clave histórica de su lucha: *ser* más allá del mundo capitalista. Generadores de su propio discurso, los sujetos indígenas reintroducirán el elemento étnico (que se pretendía disuelto) en la *lucha de clase*.

3/ Fase de Capital Monopolista Transnacional [CMT] (mediados años 70 del siglo XX hasta la actualidad). Intento de regulación unilateral del Capital. Régimen de acumulación principal: Primera Subfase/ Toyotista; Segunda subfase/ Fordista disperso – *gatesianista*⁴.

En esta fase se va a producir el fin del bloque-Segundo Mundo como sujeto internacional, y su fusión con el Tercero; la derrota del proyecto modernizador de las *burguesías compradoras* de las periferias, nacido en Bandung; el agotamiento del proyecto desarrollista en África y Asia, y del Estado populista como remedo del “Social”, en América Latina; así como el desmantelamiento creciente del propio *Estado Social*, en las sociedades centrales. El Capital como sujeto histórico que ya se piensa único, proyecta o planifica similares estrategias de acumulación para el conjunto de las sociedades del planeta, con diferente intensidad, acciones y tiempos para unas y otras. A la vez que se ve sometido a la necesidad de enfrentarse cada vez más entre sí, sobre todo por lo que respecta a sus bloques hegemónicos, que pasan a concebirse también como (o al menos a intentar convertirse en) sujetos del Capital con especificidad propia en la arena transnacional: EE.UU., UE y Japón. Por más que intentan actuar de la manera más coordinada posible en su acción global contra el Trabajo.

⁴ De Bill Gates

La globalización es el término vulgar que hace referencia a esta fase transnacional del Capital Monopolista, y no es sino una ofensiva general del Capital (coordinado en gran medida por primera vez como sujeto a escala global –aunque luego acentúe también la competencia entre sí-) para recuperar tanto su tasa de ganancia como parte de su pérdida hegemonía sociopolítica.

El Capital rompe las barreras estatales de regulación social de la producción y de la distribución en que se hallaba confinado en la anterior expresión de capitalismo monopolista de Estado, y tiende a buscar para esos fines el *espacio global* (planetario), aunque necesite del Estado para su reproducción y expansión (con lo que se recrudece el papel del mismo como garante de la oferta, y por tanto como disciplinador del Trabajo: esto es, acenúa de nuevo su carácter de clase).

Las enormes dificultades que encuentra en la recuperación de la tasa de ganancia por razones sobre las que no podemos entrar aquí, las compensa con su relativo éxito en el segundo de sus grandes objetivos.

Así el Capital como sujeto cada vez más consciente y planificador ha logrado en los últimos 25 años la destrucción (en muchos casos física), sometimiento o cooptación (a menudo también por conversión ideológica) de las principales organizaciones y sujetos del Trabajo en todo el planeta (consiguiendo en gran medida la imposición del marco dado de las cosas: “fuera del Sistema no hay nada posible”). Asimilando también las versiones del Trabajo en forma de Nuevos Movimientos Sociales (NMS) a partir de la incorporación parcial y lo más aséptica posible de sus reivindicaciones, en las diferentes agendas políticas.

Confina, en definitiva, a buena parte de los anteriores grandes sujetos o movimientos del Trabajo, tanto de primera (MO) como de segunda generación (NMS), en esferas cada vez más reducidas, de reivindicaciones autolimitadas y objetivos inmediatos que no contemplan ya casi nunca la universalidad social. Transformación, por tanto, de aquéllos en *microsujetos* (sujetos de tercera generación) que se expresan en agrupaciones de muy reducidas dimensiones, que admiten poca o nula disonancia ideológica, con muy limitado radio de acción e influencia sociopolítica (asociaciones y colectivos de muy diverso tipo, ONGs, comités, micropartidos sin posibilidades electorales, mesas o plataformas muy coyunturales...).

Por otra parte, la profundización de la dominación político-ideológica de clase (capitalista), consigue que, paradójicamente, la mayoría de la población deje de concebir la realidad desde una óptica de clase, con el consiguiente desvalimiento ideológico generalizado.

Se radicaliza, por tanto, la supeditación estratégica del conjunto del Trabajo, que pasa en buena medida a una actitud exclusivamente defensiva, sólo ya de mantenimiento de al menos algunos de los logros anteriores.

En esta fase se produce la penetración del Capital en todos los aspectos de la Vida social y privada.

Las consecuencias fundamentales de ello son que el conjunto de los seres humanos se convierten en fuente de valor productivo y reproductivo, así como que toda la vida de los mismos queda sometida a la lógica del valor del Capital. Lo que es igual que decir que, aunque no sea directamente explotada, el conjunto de la Humanidad es transformada en Trabajo (y la totalidad de la Vida en valor). En realidad, cada vez más en *trabajo abstracto* (invisibilizado), dado que se extiende el espejismo de que el Capital (más y más *inmaterializado* a través de su financiarización) puede reproducirse sin necesidad del Trabajo.

El Capital va eliminando, pues, la distinción entre las esferas Productiva y Reproductiva o Circulatoria, obteniendo valor de todo el ciclo de la vida de los individuos (necesita aprovecharse no sólo de todas sus capacidades, sino también de todas sus potencialidades, de todas sus

posibilidades de ser). [Con el agravante de que debido a que ya no le es suficiente la brutalización de los mercados y relaciones laborales para garantizar su acumulación y reproducción ampliada, se ve forzado a emplear de manera permanente la opción militar como “modo de regulación”, para asegurarse (no sin encarnizada lucha entre sí) la explotación final de los recursos que se acaban y, utilizando la *guerra global* como instrumento político (de su globalización), intentar abortar o prevenir las posibles insurgencias sociales de los antagonistas presentes y futuros. Lo cual adentra al Capital en una nueva fase que difícilmente podemos llamar ya “neoliberal”, y que refleja su agotamiento estructural. Precisamente, para intentar frenar el socavamiento de su propia base infraestructural y de legitimidad, es que una vertiente del Capital mundial, ha emprendido la opción “tercerviista”, con sus prédicas de “recuperar” un *capitalismo humano, capitalismo ecológico*, etc. (siendo ahí donde la socialdemocracia incidirá en el futuro inmediato para tratar de recobrar su papel perdido: como intento de salvar al Capital de sí mismo)]. Es por eso que ese dominio del Capital tiene crecientes posibilidades de manifestarse como opresión, menoscabo de valía propia, sometimiento, pérdida de disfrute de la vida y en general, como *indignidad*.

Pero por eso mismo también, el campo de la contestación, que puede concebirse igualmente como mera negación de la Vida a ser negada, y extenderse (como Política) a partir de esta contradicción existencial básica, va también definitivamente mucho más allá de la fábrica, la oficina o la empresa. Se produce una auténtica socialización del antagonismo de clase. Lo que quiere decir, por una parte, que las fricciones o resistencias de los seres humanos a ser meros objetos de extracción de valor, explotables a antojo, o a admitir la mercantilización del conjunto de su vida, es fácil que tiendan a generalizarse en todos los ámbitos. Y por otra, que en adelante se hace más y más palpable que cualquiera tipo de resistencia proveniente de la cotidianidad del *mundo de la Vida* es susceptible de afectar el antagonismo vertical Capital/Trabajo. Es decir, que las resistencias del Trabajo se hacen en su conjunto cada vez más *antagónicas* al Sistema, al tiempo que tienen crecientes oportunidades de conectarse entre sí (lo que no quiere decir que al menos parte de esas resistencias no puedan seguir siendo contradictorias también entre sí).

La radical ofensiva del Capital contra la Humanidad pone casi por necesidad a la Humanidad *en movimiento*. Con el paso del CME al CMT, las expresiones más reflexivas de la Humanidad como Movimiento apuntan, por ello mismo, a la vertiente global (como desafío y como alternativas a la globalización capitalista).

Pero entonces, si el Capitalismo industrial traía emparejadas formas burocráticas de organización (asumidas también por el MO), con los resultados tan frecuentes (aunque no únicos ni necesariamente queridos) de jerarquización, verticalidad, falta de transparencia, incomunicación... el Capitalismo “informativo”, tardío o senil [con su modo de (des) regulación unilateral y la combinación de su régimen de acumulación fordista disperso y *gatesianista*], por contra, fomenta las formas organizativas virtuales, reticulares, ante la descomposición de las formas físicas de reunión y organización tradicionales.

De ahí que comiencen a aparecer los arcoiris, los rizomas, las redes, las webs... Formas de organización muy blanda, muy flexible, por eso también difícilmente controlable, hegemonizable, cooptable (pero al tiempo con relativamente escasa operatividad). Conllevan altos grados de igualdad interna, transparencia y democracia horizontal.

Con ellas y a ellas se adapta también la teoría de clase. Proliferan, por ejemplo, los intentos de hacer al marxismo más dúctil (a veces incluso ‘gomoso’ y difuso), más “acompañador” de movimientos, a costa de su potencial explicativo de largo alcance.

La principal preocupación de estas nuevas expresiones de lucha del Trabajo, lejos todavía de poder afectar la esfera productiva, ni apenas ya la circulatoria (salvo en los casos más combativos de las periferias, que atentan a menudo contra la realización de la plusvalía -cortes de rutas, ‘puebladas’, plantones en las ciudades, etc.- ya que no la generación de la misma),

consiste en trabar *el orden dado de las cosas* (bloqueo de cumbres o de reuniones del Capital, actos de disidencia, desobediencia, protesta, de visibilización de injusticias, de puesta de relieve de las consecuencias depredadoras del Sistema, etc.).

Parece que de nuevo, la historia se repite.

Sin embargo, aquí debemos precisar dos procesos de nuevo cuño que suscita el Capital senil, paralelos pero que son al tiempo contradictorios internamente:

1. La socialización objetiva de los procesos productivos y el proceso de cualificación y de entrada en la esfera del conocimiento por parte del Trabajo.

Proceso que el Capital intenta frenar o retrasar a toda costa mediante la subordinación de las crecientes posibilidades de autonomía obrera, a la estricta jerarquización de las decisiones y al elitismo-secretismo gerencial, así como promoviendo la desconcentración, fragmentación, flexibilización y brutalización laboral en todo el planeta, bajo una enorme gama de manifestaciones y ramificaciones.

2. La unificación del mundo por el Capital pone también al alcance la posibilidad objetiva de la integración planetaria del Trabajo. Cuanto menos, abre más espacios de posibilidad para la comunicación real de la fuerza de trabajo mundial entre sí.

No obstante, el Capital ha conseguido el debilitamiento de la misma mediante la incorporación de más y más seres humanos a su ley del valor, esto es, a través de la conversión de aquéllos en fuerza de trabajo, desposeyéndoles de sus medios de subsistencia. Esto, unido al deterioro de las condiciones de vida de la fuerza de trabajo de las periferias (a menudo por debajo de su valor de reproducción), genera una elevada capacidad de sustitución de la mano de obra en todo el planeta, encauzada a través de masivos procesos migratorios regulados a conveniencia, con el consiguiente deterioro de la capacidad negociadora o reivindicativa del Trabajo en unas y otras sociedades.

Además el Capital hace todo lo posible por fomentar la división de la fuerza de trabajo a través de la extrema dualización, jerarquización y segmentación del mercado laboral (tanto interno como externo a las empresas), y de la fomentación de los enfrentamientos culturalistas (racismos, estatalismos, nacionalismos, etnicismos, cerramientos religiosos, encumbración de la identidad, división de la fuerza de trabajo en “nacional” y “extranjera” o “inmigrante”...). No es casual, en este sentido, su potenciación del “multiculturalismo” como ideología, con la consiguiente *re-etnificación* del espacio social.

La ideología de la multiculturalidad promueve la detectación y clasificación de numerosas poblaciones, así como el reconocimiento de derechos diferenciales por sectores débiles de población (minorías étnicas, nacionales, inmigradas, de género, marginadas, etc.), desarticulando a menudo no sólo las posibilidades de actuación conjunta de unos y otros, sino facilitando también continuas luchas intestinas por ganarse la cada vez mayor escasez de derechos reconocidos (convertidos en realidad en derechos-prestaciones concedidos a discreción), y alentando, por la misma razón, sentimientos de mutua exclusión y xenofobia. Esta ideología se muestra válida, al tiempo, para confinar en el ámbito “cultural” las muy diversas formas de desigualdad social, dificultando en gran medida su expresión en la arena política.

El *multiculturalismo* convierte, por tanto, la desigualdad en “diferencia”, mientras que se desentiende de la jerarquía que se establece entre esa multitud de “diferencias” al interior de cada sociedad, y ni mucho menos atenta contra la subsunción de todas ellas a la *forma capitalista* de organización social. No es de extrañar que esté en la base de tantas políticas de identidad⁵.

⁵ Por el contrario, en tiempos de Capital Global la auténtica *diferencia* radica cada vez más en la búsqueda

En un mundo en el que las desigualdades se han convertido en “diferencias”, el valor máximo que se puede predicar para los individuos es el de la “tolerancia”, que a la postre pretende ciudadanos ‘indiferentes’, acordes con el “todo vale” del Sistema.

Las viejas estructuras organizativas políticas, sociales y laborales del Trabajo no se han adaptado aún a esta fase del Capital Transnacional, y ajustan sus estrategias con la vista puesta todavía en el período de macrocorporativismo del Estado Social. De hecho, muchas de ellas propugnan la vuelta al mismo, como si eso fuera posible.

Aquellas fuerzas parecen tardar en percibir que acorde con las cambiantes relaciones sociales de producción, con las actuales expresiones del Trabajo y las nuevas subjetividades creadas, se tendrán que imponer otras formas organizativas en todos los terrenos, que habrán de engarzarse más allá de la distinción entre esferas productiva y reproductiva, ya fundidas de hecho por el Capital (superando, de paso, las alienantes escisiones del ser humano entre *trabajador* y *ciudadano*, y *ciudadano* y *excluido*, claves de la sociedad capitalista).

En realidad, las fuerzas del Trabajo hoy deberían ser conscientes de que la construcción de todo un metabolismo social diferente capaz realmente de alumbrar otro tipo de sociedad, no puede aplazarse para un futuro supeditado bien a la acumulación de reformas o bien a la toma del poder (con minúsculas). Pues esa tarea, que hay que comenzar desde el principio con praxis concretas, disuelve la esquizofrénica dicotomía *reformismo-revolución*, a la que se vinculaba la tramposa dualidad *objetivos inmediatos / objetivos finales* que durante tanto tiempo entretuvo a la izquierda. Ella nos lleva a la necesidad de pasar a una actitud ofensiva superadora del paralizante repliegue defensivo del Trabajo durante la fase de capitalismo monopolista estatal-keynesiano (ofensiva que, como hemos dado a entender, jamás puede confinarse en el ámbito político-institucional).

En la fase senil del Capital, o de fin de la globalización compartida o “feliz”, los intentos de brutalización del Trabajo y de doblegación de su capacidad combativa por parte del Capital, se verán mermados también con el agotamiento de la capacidad sustitutiva de la mano de obra de la que el Capital hace hoy gala (esto es, cuando la proletarización de la Humanidad se haya completado y/o se hayan nivelado para una buena parte de ella por abajo sus condiciones de vida, y se haga más problemática la sustituibilidad a peor de la fuerza de trabajo ya existente). Algo que, en cualquier caso, se puede acelerar con la autoorganización del *Trabajo migrante* y la consiguiente universalización del aumento de la capacidad negociadora y emancipadora.

Aunque aquí, como en cualquier otro hipotético proceso de emancipación del Trabajo, nos tenemos que enfrentar con el inescapable dilema de cómo es posible desarrollar capacidades de desalienación y liberación en medio de condiciones de brutalización sociolaboral. Y aquí también, como en cualquier otro proceso de lucha de clase, no hay respuesta clara ni contundente, pero sí la sustentación de la experiencia histórica de la *lucha consciente* del Trabajo, plasmada en conquistas del derecho a ser, en formas sociales, expresiones ideológicas, hábitos y límites a la indignidad, por ejemplo. Las expresiones más conscientes y organizadas del Trabajo como Humanidad en movimiento pueden, como antaño, aportar los cauces

de formas de vida no capitalistas. Las posibilidades, en ese sentido, pasan por deshacerse de una identidad fija, “esencializada”, (identidad-mercancía) a la que se quiere que queden sujetadas las diferentes poblaciones y sectores sociales, y construir por el contrario cambiantes proyectos identitarios (que no por eso han de desconsiderar la trayectoria histórica de cada “nosotros”); desde la premisa que no es tan importante lo que (‘parece’ que) somos (algo que nos ancla siempre a una realidad “fetichizada”), como lo que queremos ser (clave que nos permite accionar colectivamente de forma transformadora). Precisamente cuando los movimientos sociales fueron descubriendo esto es cuando el postmodernismo tardocapitalista emprendió la desconstrucción de la identidad, para intentar dejarnos un mundo astillado en realidades separadas e imposible de hacerse colectivas, al tiempo que hacía perder de vista al capitalismo como sistema totalizante del conjunto de nuestras vidas.

organizativos para expandir y traducir esa experiencia en nuevas luchas concretas y proyectos universales.

Los crecientemente insalvables límites del Capital como Sistema para perpetuarse así mismo a través de su reproducción ampliada⁶, nos dejarán en una tesitura que tendremos que afrontar probablemente en el curso de este siglo XXI, y que oscilará entre la barbarie autodestructiva y la emancipación como especie. Su resolución dependerá de la propia capacidad de la Humanidad, convertida en Trabajo por el Capital, de constituirse en sujeto de su desalienación, precisamente para dejar de ser “Trabajo”, más allá de la explotación .

ESQUEMA HISTÓRICO DE LO EXPUESTO

⁶ Tengo que remitir aquí por falta de espacio al excelente trabajo al respecto de Dierckxsens (2003) .

CAPITAL

(MODELO DE) REGULACIÓN

TRABAJO

1-

S O C I E D A D E S C E N T R A L E S

Capitalismo liberal competitivo mismo (CLC) →

← **Mercantil-Autoritario**

El Trabajo adquiere conciencia de sí

Tensión entre el Viejo y el Nuevo Orden

Las RSP capitalistas se hacen en sujeto hegemónicas

Formas privativas de dominio socio-laboral y político de la burguesía

Movimiento Obrero como parte del Trabajo convertido (MO)

El Capital se hace sujeto, pero descoordinado, en competencia "libre"

Afecta la contradicción central del modo de producción capit. empleo

Explotación → relación salarial salarios cond. laborales

índole

Constitución de multitud de organizaciones, de muy diversa democráticas, flexibles, horizontales, participativas...

(FASE OFENSIVA)

S O C I E D A D E S S E M I P E R I F É R I C A S

→ Más lenta implantación de las relaciones sociales de producción (RSP) capitalistas

← Larga transición entre el Viejo y el Nuevo Orden

Lenta constitución del Trabajo en sujeto.

Más larga la alianza liberal-obrera

Todavía es la expresión campesina del Trabajo la que protagoniza su *lucha de clase*. Objetivos

**contra la oligarquía. Hasta que la
burguesía liberal se enfrenta como
clase a una clase obrera en formación .**

inmediatos, de corto alcance.

A M É R I C A L A T I N A

**Expresión colonial de las
RSP capitalistas** →

**Lucha interburguesa
periférica/central**

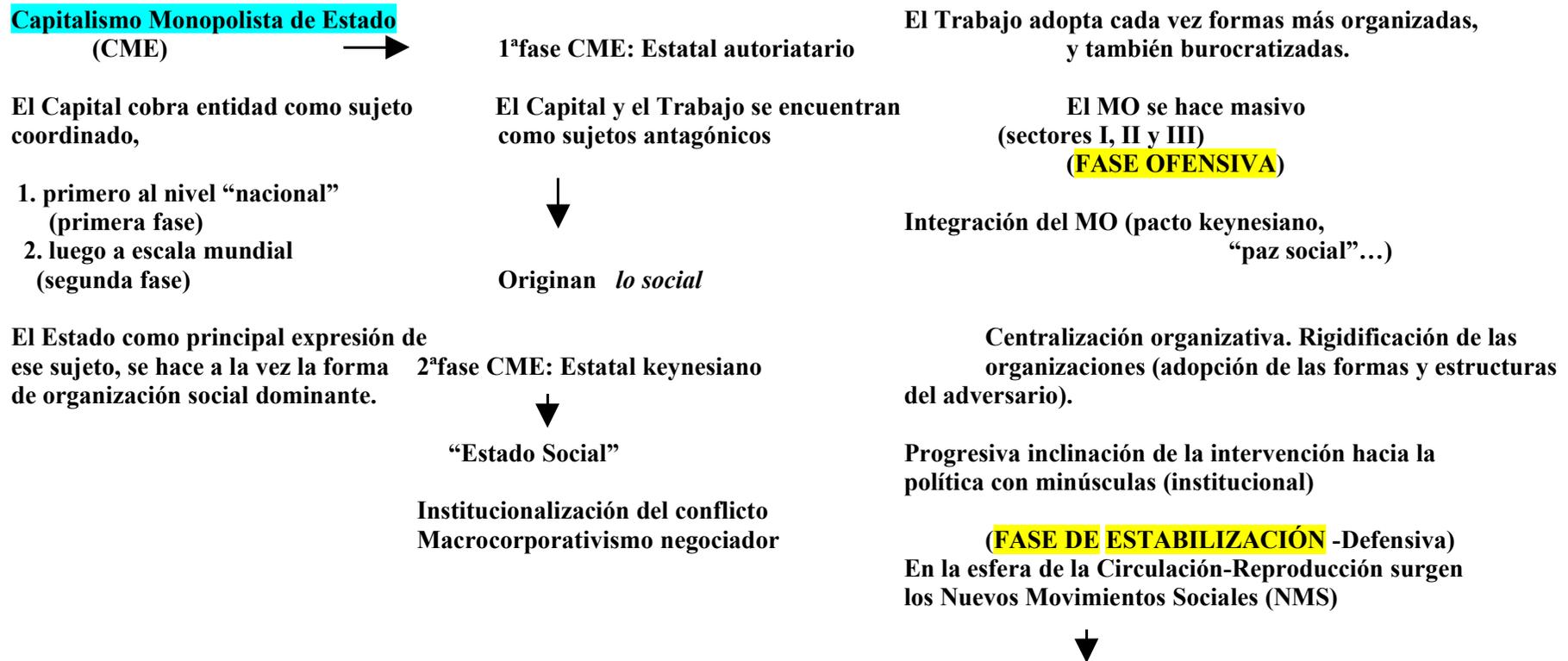
**Últimas luchas del Trabajo como
expresión étnico(nacional)-cultural**

**De preburguesía a
burguesía nacional**

[Levantamientos soberanistas indígenas]

Milenarismos campesinos-indígenas

S O C I E D A D E S C E N T R A L E S



Desafían el “pacto de clase keynesiano” en los aspectos de explotación, alienación y dominación que había dejado incólumes: División Sexual del Trabajo
División Internacional del Trabajo
Mercantilización de la Naturaleza
Militarización de la Política
Alienación del yo, de la

identidad, autenticidad

S O C I E D A D E S S E M I P E R I F É R I C A S

CME incompleto



(Antiguo Régimen permanece en parte)

1ª Fase:
Perduración de la forma estatal-autoritaria

Lo social existe, pero reprimido

2ª Fase: lenta y más parcial incorporación a la versión “keynesiana” del Estado.



Fase insurreccional del Trabajo.

Revolución rusa.

Intentos revolucionarios (España, Hungría, Grecia, Ucrania...)

A M É R I C A L A T I N A

CME incompleto

Capitalismo dependiente postcolonial

1ª Fase: perduración de la forma Estatal-autoritaria

2ª Fase: Estado populista

CME 1ªfase: los sujetos del Trabajo

combinan las expresiones del CLC y del CME



Ofensivos y burocratizados al tiempo

Gestación de nuevos sujetos indígenas.

CME 2ªfase: imposibilidad de la importación de la “paz keynesiana”

Proliferación de las expresiones armadas del Trabajo (guerrillas, Frentes, Ejércitos del Pueblo, comandos urbanos...)

Estrategias → **Foquismo**
Organizac. armadas
“ político-militares

Frentes | **Guerra popular prolongada**
Proletaria

Tercerista

Surgimiento del *indianismo* (frente al indigenismo oficial), como expresión de los sujetos indígenas.

3

S O C I E D A D G L O B A L

Capitalismo Monopolista Transnacional (CMT)

A El Capital como único *sujeto histórico*.



Desregulación social

Fase 1: El Trabajo pierde capacidad de sujeto

A

Regulación unilateral oligopolista



Dilución de los sujetos de primera (MO) y segunda (NMS) generación.

(“Neoliberalismo”)

(“Fin de la Historia”)

*Creación de una fuerza de trabajo mundial, subordinada

(FASE ULTRADEFENSIVA: de mantenimiento de algunos aspectos más suaves del antiguo pacto keynesiano)

Ruptura unilateral del pacto keynesiano

*Creación de un espacio global

En su lugar, sujetos autoconfinados, sin universalidad, ni proyecto histórico: *microsujetos*,

*Socialización objetiva de los procesos generación]

Nuevos-Nuevos Movimientos Sociales (NNMS) [tercera

Consenso de Washington

productivos

Bibliografía

(*) La letra pequeña que figura en este trabajo es extraída del libro del autor que se cita a continuación (2002). En él se encuentran las referencias a autores y obras que están incorporados en el texto, así como un desarrollo explicativo de la mayor parte de las cuestiones que aquí sólo se han podido tratar de forma breve. Fuera de esas referencias, han sido incorporadas otras que se citan en esta bibliografía. Respecto de la introducción, sólo se incluyen las obras que han sido citadas expresamente en la misma, aunque haya muchas otras que han servido de base a la crítica.

Boltanski, Luc y Chiapello, Ève (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*, Akal, Madrid.

Borón, Atilio (2003a). *Imperio. Imperialismo. Una lectura crítica de Michel Hardt y Antonio Negri*. El Viejo Topo. Barcelona.

Borón, Atilio (2003b). “Poder, ‘contrapoder’ y ‘antipoder’”. Notas sobre un extravío teórico-político en el pensamiento crítico contemporáneo”, en *Chiapas*, nº15. UNAM.D.F.

Callinicos, Alex (2001). “Toni Negri in Perspective”, en *International Socialism Journal*, nº92.

Colás, Alejandro (1997). “The Promises of International Civil Society”, en *Global Society*, vol.11. nº3. University of Kent. Canterbury.

Dierckxsens, Wim (2003). *El ocaso del capitalismo y la utopía reencontrada*. DEI- Ediciones Desde Abajo. Bogotá.

Hirsh, Joachim ((2004). “Poder y antipoder. Acerca del libro de John Holloway”, en *Chiapas*, nº16. UNAM.D.F.

Holloway, John. (2000). “Teoría volcánica”, en *Bajo el Volcán*, nº1. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/ICSH. Puebla.

Holloway, John. (2004). “Gente común, es decir, rebelde. Mucho más que una respuesta a Atilio Borón”, en *Chiapas*, nº16. UNAM.D.F.

Íñigo, Juan (2003). *El Capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*. Ediciones Cooperativas. Buenos Aires.

Katz, Claudio (2004). *El porvenir del socialismo*. Herramienta. Buenos Aires.

Mészáros, István. (2003). *El siglo XXI, ¿socialismo o barbarie?*. Herramienta. Buenos Aires.

Piqueras, Andrés. (2002). *Movimientos Sociales y Capitalismo. Historia de una mutua influencia*. Germania. Alzira.

Piqueras, Andrés. (2000). “Del movimiento obrero a las ONGs, ¿el fin de una utopía colectiva?”, en *Papeles de la FIM*, nº 15. Madrid.